

«fuego eterno» fue preparado para el diablo y sus ángeles (Mt. 25:41).

Hay muchos espíritus diabólicos; «Legión me llamo; porque somos muchos» (Mt. 5:9). Son poderosos (Ef. 6:12); conocen a Dios y sus juicios (Stg. 2:19; Mt. 8:29); son astutos y falsos aun cuando citan las Escrituras (Gn. 3:1; Mt. 4:6; 2 Co. 11:14); son mentirosos y homicidas (Jn. 8:44); completamente depravados y perversos, sucios y malos (Mr. 1:23; Ef. 6:12).

Dios permitirá que esos espíritus malos vaguen por la tierra hasta el Día de Juicio (Job 1:7; 1 P. 5:8; Mt. 8:29, 31). Siendo enemigos de Dios y del hombre siempre están empeñados en destruir las obras de Dios para impedir sus propósitos de gracia para con el hombre, como podemos verlo en la tentación en el Paraíso y en la tentación de Cristo. Ellos son el secreto poder siniestro que mantiene a los paganos en la idolatría y superstición abyectas (1 Co. 10:20; Hch. 26:18); ellos son la fuerza impulsora de la maldad del mundo (Ef. 6:12). Están asiduamente maquinando contra la iglesia para destruirla (Mt. 16:18), esparciendo herejías (1 Tt. 4:1), ocultando el trabajo de ministros cristianos piadosos (1 Ts. 2:18), desviando las mentes de los oyentes de la palabra de Dios, de la oración, y de la práctica de las verdades divinas (Lc. 8:12), e incitando persecuciones (Lc. 22:31). Ellos tientan a los hombres a pecar (Jn. 13:2), los mantienen en ignorancia e incredulidad de la palabra (2 Co. 4:4), y los incomodan en sus cuerpos (2 Co. 12:7; Lc. 13:16).

Sin embargo, esos espíritus malos están sujetos al supremo dominio y control de Dios y no pueden ir más allá de lo que él les permite hacer (Job 1:12; 2:6) ni prevalecerán contra la iglesia (Mt. 16:18; Ro. 16:20), sino que deben servir el propósito de Dios al disciplinar a los justos, como en el caso de, y castigar a los malvados (Sal. 78:49).

XIII. EL HOMBRE

1. **La creación del hombre.** En el sexto día el Dios Trino hizo al hombre (Gn. 1:26, 27, 31). Los detalles de esta creación, como están registrados en las Escrituras, señalan al hombre como la principal y más importante de las criaturas visibles. Dios no solamente se aconsejó a sí mismo, sino que hizo el cuerpo de un hombre perfecto, Adán, del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida (Gn. 2:7); le dio un alma racional y una conciencia, y lo creó en su propia imagen. El mismo día Dios hizo una mujer perfecta, Eva, de una costilla que había tomado de Adán (Gn. 2:21, 22).

A muchos, esta narración de la creación del hombre les parece infantil y tonta, propia de un jardín de niños, pero no para ser aceptada como un hecho real por hombres y mujeres modernos preparados intelectualmente. Mas, con toda imparcialidad, comparemos este registro con la teoría de la descendencia del hombre propuesta por los evolucionistas y juzguemos cuál es más racional y más digna de la posición que el hombre tiene en el mundo. Esta es una historia sencilla, pero de ningún modo increíble, ya que está respaldada por un Dios todopoderoso. Las teorías de los evolucionistas no están basadas en hechos, sino en opiniones humanas y requieren una buena dosis de credulidad por parte de los que las aceptan. Los cristianos creemos que Dios hizo al hombre; dejemos que otros crean que son descendientes del mono.

2. **La naturaleza del hombre.** El hombre se compone de cuerpo y alma en una persona completa (Gn. 2:7; Ec. 12:7). El cuerpo del hombre es del polvo de la tierra (Gn. 3:19). Su anatomía demuestra ser la obra más maravillosa; ojos que ven, oídos que oyen, un corazón que late y envía la corriente sanguínea por medio de los pulmones para ser purificada y por medio del cuerpo entero para formar sus tejidos; un delicado sistema nervioso que eleva mensajes desde y hacia el cerebro, y todos los miembros están hechos de tal manera que sirven su propósito de la manera más admirable. «¡Te alabaré por el maravilloso modo en que me hiciste! ¡Admirables son tus obras!

Del todo conoces mi alma (Sal. 139:14, *Naccar Colunga*). Es difícil entender cómo alguien que estudia el cuerpo humano, sus muchos miembros y órganos y sus funciones específicas, puede todavía ser ateo, creyendo que su cuerpo es el producto del azar y de la evolución.

El alma del hombre no es material, sino una esencia espiritual viva, inmortal, cuya composición y estructura no podemos entender. Ella habita en el cuerpo (Hch. 20:10), pero no ocupa lugar ni espacio. Da vida al cuerpo y hace uso de sus diferentes miembros según el propósito para el cual han sido designados. La interrelación e interacción del alma y el cuerpo es un profundo misterio.

El hecho de que Dios haya soplado en el hombre el aliento de vida demuestra que el alma del hombre es diferente del principio de vida en los animales. Sin embargo, ella no es parte de la Esencia divina, porque Dios «destruirá» las almas de los incrédulos en el infierno (Mt. 10:28), y es absurdo pensar que Dios «destruya» una parte de su propia Esencia. Como los espíritus angélicos, el alma del hombre es una creación de Dios.

El hombre es un alma racional. Puede aprender, pensar y razonar. Las ideas de su mente provocan en su corazón emociones y sentimientos, que, a su vez, ejercen presión sobre su voluntad y producen la acción voluntaria. Y de todo esto el hombre está consciente. Por eso Adán pudo distinguir y poner nombre a las criaturas que Dios le trajo (Gn. 2:19, 20). La fruta prohibida fue agradable a los ojos de Eva y despertó su deseo (Gn. 3:6); los dos comieron de ella voluntariamente. El hecho que Dios puso al hombre a prueba, prohibiéndole comer del árbol de la ciencia del bien y del mal (Gn. 2:16, 17), muestra que el hombre es una criatura moral que tiene algún conocimiento de Dios y su ley, y una conciencia, la cual lo impulsa a obedecer esta ley, y lo culpa si no lo hace. No se puede decir lo mismo de los animales irracionales, no obstante sus instintos o impulsos irracionales a actuar.

El alma es la que lleva consigo la personalidad del hombre, su «ego», su ser consciente; puesto que el cuerpo muerto ni sabe nada, ni siente nada ni tiene voluntad (Ec. 9:5).

Dicotomía o tricotomía. La Biblia enseña *dicotomía*, es decir, el hombre se compone de dos partes importantes: cuerpo y alma (Mt. 10:28) o cuerpo y espíritu (Ec. 12:7). La *tricotomía* sostiene que el hombre se compone de tres partes: cuerpo, alma y espíritu. En Lucas 1:46, 47 las palabras «alma» y «espíritu» son términos semejantes. En contraste con el cuerpo ambos se refieren al mismo elemento inmortal, sin embargo, con esta diferencia: el alma está relacionada con las experiencias terrenales, mientras que el espíritu se refiere más bien a su relación con Dios y las cosas espirituales. Así, el alma esta totalmente activa en creyentes y no creyentes, mientras que el espíritu está vivo para Dios en los creyentes, pero está muerto en los incrédulos. Esta distinción, sin embargo, no siempre es observada.

Nosotros no hablamos del alma de Dios, pero sí, del alma de Cristo en su humanidad (Mt. 26:38).

3. Propagación. En el principio Dios hizo un hombre y una mujer, y los unió en matrimonio para ser una sola carne (Gn. 2:18, 21-24) para que fructificaran y se multiplicaran y llenaran la tierra (Gn. 1:27, 28). Desde entonces los hombres y las mujeres ya no son creados en la misma forma que Adán y Eva sino engendrados y nacidos de sus padres, por medio de los cuales Dios les da cuerpo y alma, ojos, oídos y todos sus miembros, su inteligencia y todos sus sentidos. Adán engendró un hijo (Gn. 5:3) y Eva concibió a Caín (Gn. 4:1; Job 14:1). Los padres engendran no solamente el cuerpo, sino hijos vivientes; en consecuencia también el alma racional es transmitida por los padres a sus hijos; esta doctrina es llamada *traducianismo*. Sin embargo, Dios es quien forma al niño en el vientre de la madre (Jer. 1:5), y le da vida y aliento (Hch. 17:25; Zac. 12:1). Así Dios «de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra» (Hch. 17:26).

4. **El estado prístino del hombre.** En su estado original el hombre era «muy bueno» en todos los aspectos. (a) La condición física de su cuerpo era perfecta; no tenía órganos débiles o defectuosos, ni germen de enfermedad o de muerte; virtualmente era inmortal (Gn. 2:17; Ro. 5:12). Los poderes racionales de su alma eran igualmente perfectos. Exceptuando a Cristo, Adán y Eva, antes de la caída en el pecado, fueron los únicos seres humanos perfectamente sanos de cuerpo y mente.

(b) La relación espiritual del hombre con su Dios era perfecta. El hombre y la mujer fueron creados a la imagen de Dios (Gn. 1:27), que siendo una imagen espiritual, tenía su asiento en el alma y era reflejada en sus vidas. Ella consistía en el bienaventurado conocimiento de Dios (Col. 3:10), perfecta justicia y verdadera santidad de vida (Ef. 4:24; Ec. 7:29). No había maldad ni pecado en el hombre; era inocente, por tanto no se avergonzaba de su desnudez (Gn. 2:25). El hombre conocía la voluntad de su Dios, y era completamente capaz de conformarse a ella en pensamiento, palabra y obra. No obstante, en el estado de prueba, también era libre de usar sus poderes contra Dios y quebrantar su mandamiento. Era posible para él pecar o no pecar (*posse peccare et posse non peccare*).

(c) La relación entre el hombre y la mujer era ideal, cada uno entendía y observaba cabalmente los deberes y restricciones de su posición y se consideraban el uno al otro como un precioso regalo de su Creador. «No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él» (Gn. 2:18). «Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomadas» (Gn. 2:23). Y Pablo escribe: «Él es imagen y gloria de Dios, pero la mujer es gloria del hombre. Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón» (1 Co. 11:7-9). De esto se ve que también en el estado de integridad el hombre era la cabeza de la esposa y ella era su compañera. La plena felicidad que el estado de matrimonio prometía a ambos fue realizada mientras Adán y Eva se mantuvieron exentos de pecado.

(d) La relación del hombre con las demás criaturas era de dominio y mando. Dios dio al hombre dominio sobre toda cosa viva que se movía sobre la tierra (Gn. 1:28); le dio todas las plantas y los frutos como alimento (Gn. 1:29). Las estrellas del firmamento y todo lo demás que Dios había hecho fue para beneficio, servicio y entretenimiento del hombre. Sin embargo, también en el huerto de Edén Dios quería que el hombre trabajara (Gn. 2:15), mas entonces el trabajo era un pasatiempo y un gozo, no una penosa carga.

5. **La Caída del hombre.** El estado original de inocencia llegó a un fin abrupto cuando el hombre cayó en el pecado. No sabemos cuando después de la creación sucedió esto, pero nuestros primeros padres pecaron antes de la concepción de su primer hijo (Gn. 4:1).

Eva, tentada por Satanás (Ap. 12:9), comió del árbol del cual Dios, para probar la obediencia del hombre, le había dicho que no comiera; ella después le dio a su esposo, y él también comió (Gn. 3:1-6). Esta desobediencia en ningún sentido se debió a algún defecto en el hombre, porque Dios lo había hecho «muy bueno» (Gn. 1:31); ni fue proyectado, y decretado por Dios, porque él categóricamente había prohibido al hombre comer de este árbol (Gn. 2:17); sino que fue enteramente un acto voluntario de parte del hombre. Conociendo la voluntad expresa de Dios, Eva le dio cabida a la duda, al orgullo egoísta, y al inmoderado deseo por el fruto prohibido, lo cual condujo al acto pecaminoso (Sig. 1:13-15). Adán y Eva estaban bien capacitados para resistir la tentación del diablo, pero ellos cedieron a sabiendas y voluntariamente, de ahí que la responsabilidad fue de ellos.

Al transgredir este único positivo y expreso mandamiento que Dios había dado a nuestros primeros padres para probar su obediencia, Adán y Eva virtualmente infringieron la ley entera (Sig. 2:10), pues con eso ellos quitaron toda restricción de la entera ley moral dentro de la cual Dios quería que vivieran. Por esta desobediencia, el hombre conscientemente se puso en

oposición a Dios, rompiendo así la unión espiritual y la comunión con su Creador, en la cual había vivido.

El resultado inmediato de la caída del hombre en el pecado fue la pérdida de la imagen de Dios. Por haber pecado el hombre ya no era santo; al ser culpable ya no era inocente; había cambiado el compañerismo con Dios por el compañerismo con el diablo, porque «El que practica el pecado es del diablo» (1 Jn. 3:8). Por todo esto el hombre estaba bajo la justa ira y condenación de Dios (Gn. 2:17); perdió la felicidad y bienaventuranza del Paraíso y su suerte fue la depravación, la miseria y la muerte.

(a) Así la relación santa del hombre con Dios había cesado; su corazón se había apartado del Señor. Ya no hubo el temor reverente, el amor filial, la confianza implícita en Dios; el hombre tenía «miedo» de Dios, ocultándose entre los árboles de la presencia del Señor (Gn. 3:8). Él desconfió de Dios, le mintió y de buena gana lo habría culpado de su pecado (Gn. 3:10-12). Ahora el hombre está espiritualmente muerto (Ef. 2:1), es enemigo de Dios (Ro. 8:7). Todavía sabe que hay un Dios, a quien tiene que dar cuenta; sin embargo este conocimiento no lo hace dichoso, sino más bien temeroso.

(b) La relación moral del hombre con sus semejantes ha cambiado. Para justificarse le echa la culpa a la mujer; es egoísta, despiadado, cruel. Ha perdido el amor al prójimo y el egoísmo llena su corazón. Hubo otras consecuencias deplorables.

(c) El dominio del hombre sobre la naturaleza es reducido; la tierra es maldita (Gn. 3:17). La vida se convierte en una batalla feroz, «*ein Kampf ums Dasein*». Todas las cosas creadas estuvieron expuestas a la vanidad y la corrupción (Ro. 8:20-22).

(d) Las facultades mentales del hombre habían perdido su pristina perfección y físicamente él fue debilitado. Su cuerpo necesita más protección (Gn. 3:21), y está expuesto al dolor, la pena y la muerte (Gn. 3:16-19; Ro. 5:12, 6:23), y a la condenación eterna (Ro. 5:18), pues no comerá del árbol de la vida (Gn. 3:22).

Así esta primera transgresión de Adán y Eva fue de desastrosas consecuencias; trajo miseria e infortunio sobre ellos personalmente y sobre todos sus hijos (Ro. 5:12).

En épocas pasadas el hombre no fue un bruto que por un proceso de evolución gradualmente llegó a convertirse en un ser moral, y que todavía sigue avanzando hacia niveles más elevados de conocimiento, perfección y justicia, sino que hubo un decidido deterioro, y nunca en esta vida volverán a obtener aquel estado de perfección que Adán y Eva tuvieron antes de la caída en el pecado.